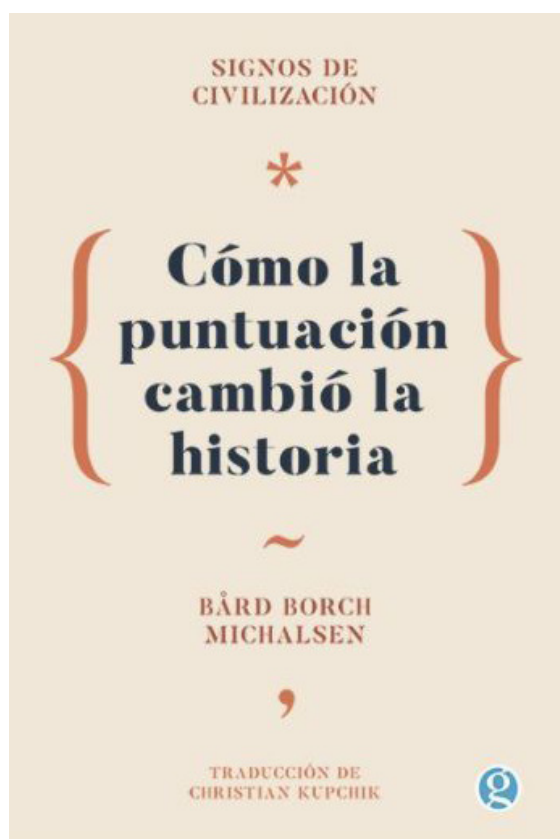


BÅRD BORCH MICHALSEN, *SIGNOS DE CIVILIZACIÓN. CÓMO LA PUNTUACIÓN CAMBIÓ LA HISTORIA*, TRADUCCIÓN DE CHRISTIAN KUPCHIK, BUENOS AIRES, EDICIONES GODOT, 2022



MARCELA CORIA*

Universidad Nacional de Rosario
coriamarcela@hotmail.com

Primer libro de este autor y académico noruego traducido al español, *Signos de civilización. Cómo la puntuación cambió la historia* es un fascinante recorrido por la historia de la puntuación en Occidente, desde Aristófanes de Bizancio hasta los mensajes de texto en nuestros teléfonos móviles. Esta rica historia, narrada en un estilo ameno y dirigida a un público no especialista, se caracteriza por sus numerosos vaivenes, y en ella encontramos intentos fallidos, propuestas innovadoras que finalmente lograron la aceptación del público, reformas caprichosas, tensiones entre lo gramatical y lo retórico, acaloradas discusiones y deliciosas (y a veces trágicas) anécdotas.

El libro está dividido en tres partes. La primera, “1494: está hecho” (p. 9-59), está subdividida en diez apartados y está dedicada al extenso período comprendido entre las primeras manifestaciones del lenguaje escrito, unos tres mil quinientos años antes de la era cristiana, en Mesopotamia (o China o Egipto, no hay acuerdo entre los historiadores), hasta la labor decisiva del tipógrafo, editor, traductor y humanista Aldo Manucio, a caballo entre los siglos XV y XVI, en Venecia. En el estudio de este largo período temporal, la idea rectora es que la puntuación es “la coronación final de los lenguajes escritos en Europa” dado que “es un sistema de convenciones que otorga mayor precisión y profundidad a las letras y palabras, dotándolas de color y emoción, tono y ritmo”, y “una de las fuerzas impulsoras en el desarrollo de toda nuestra civilización occidental” (p. 14). Las páginas siguientes justifican ampliamente estas afirmaciones. Por ejemplo: el papel central de la puntuación estandarizada en la recién inventada imprenta, la ayuda inestimable que significó la puntuación en la lectura silenciosa (desconocida para la Antigüedad y practicada recién a partir de la Edad Media) y por lo tanto en el desarrollo del pensamiento individual –especialmente el pensamiento avanzado–, el abandono de la *scriptio continua* mediante la introducción de espacios y signos de puntuación, y la necesidad de expresar por escrito el ritmo y los matices de la entonación propios de la lengua oral. Todos estos factores, íntimamente relacionados, contribuyeron a la consolidación de la puntuación como un aspecto “fundamental para el progreso de la civilización europea” (p. 16). El primer gran hito en esta

historia del triunfo de la puntuación es Aristófanes de Bizancio (257-180 a.C.), que en el ambiente intelectual de la Biblioteca de Alejandría introdujo el uso de los acentos en los textos escritos en griego y desarrolló el primer sistema de puntuación del mundo, que fue llamado *retórico* porque el énfasis estaba puesto “en la forma en que las pausas podrían llegar a facilitar la presentación de un texto oral de modo más comprensible” (p. 24). También fue de relevancia la labor de Dionisio Tracio (170-90 a.C.) y su gramática. Pero el sistema de Aristófanes, salvo en algunos detalles, fue olvidado, y recién Isidoro de Sevilla (560-636 d.C.) cambió la perspectiva al proponer que la puntuación se utilizara de manera gramatical, es decir, para delimitar unidades gramaticales. El siguiente hito es Alcuino de York (735-804), quien en la corte de Carlomagno “fue uno de los primeros en comprender el valor de la puntuación” (p. 37), diez siglos después de Aristófanes. El gran mérito de Alcuino fue la invención de las minúsculas carolingias, que “eran fáciles de leer y escribir, y daban espacio a los signos de puntuación” (p. 38). También Boncompagno da Signa (ca. 1170-1240), en la Universidad más antigua de Europa, Bolonia, propuso un sistema de puntuación muy simple, que contenía el antecedente más directo de la coma tal como la conocemos hoy, impresa por primera vez, al igual que el punto y coma, por el último hito de esta historia: Aldo Manucio, sin duda “el creador del libro moderno” (p. 49) y quien llevó a su culminación el proceso de evolución de la puntuación hace aproximadamente quinientos años. En efecto, Manucio creó “nuevas formas de representar los signos de puntuación” y además implementó “la estandarización de un sistema que ayudó a hacer del lenguaje escrito un medio de comunicación fundamental” (p. 50-51), mil setecientos años después de Aristófanes de Bizancio. El sistema de Manucio permanece aún hoy, y los principios de puntuación de los humanistas se difundieron a todas las lenguas occidentales.

La segunda parte, “Signos de civilización” (p. 61-135), está subdividida en doce apartados. El primero constituye una breve introducción a los siguientes; en él se destaca la idea de que “los signos de puntuación enfatizan la lógica interna de lo que se escribe. Apoyan tu voz interna y externa con indicaciones de ritmo y entonación. Pero lo más importante de todo es su capacidad para atraer al lector de manera rápida y eficiente” (p. 70). Los demás apartados exploran aspectos variados del punto, el signo de exclamación, el signo de interrogación, el punto y coma y la coma (signo al que se le concede más espacio que a los demás, por las controversias que su uso ha generado en diferentes épocas y lugares), y el último está dedicado a signos menos utilizados, como los dos puntos, los paréntesis, las rayas y los guiones. En todos los casos, el autor describe reglas de uso, menciona quién fue el primero en utilizarlos (si el dato se conoce), se explaya en deleitables y amenos episodios relacionados con la puntuación (episodios cuyo desenlace no siempre es feliz) y presenta las a veces feroces disputas que han generado las reformas ortográficas en Dinamarca, Alemania y Noruega y las discrepancias en cuanto a la coma serial o “coma de Oxford”. Esta segunda parte es especialmente rica en referencias literarias.

Por último, la tercera parte, “Una filosofía para un mundo en movimiento” (p. 137-165), es la más breve y contiene cuatro apartados. En ella, el autor analiza los cambios operados en la escritura, y por lo tanto, en la puntuación, como consecuencia del avance vertiginoso de la era digital. Partiendo de la idea de Anders Johansen de que “el lenguaje escrito es una tecnología del pensamiento” (p. 144) que fue impulsada por la puntuación, si bien esta se introdujo cronológicamente tarde, el autor analiza, entre otros temas: el encuentro de lo escrito y lo oral en mensajes efímeros que leemos en pantallas de dispositivos electrónicos, muchas veces con más emojis que signos de puntuación; cómo “el lenguaje escrito se adapta al nuevo medio” (p. 142); cómo “nuevos géneros, medios y situaciones de escritura derivaron en un híbrido, algo que no responde en sentido estricto a escribir ni a hablar” (p. 143); cómo

cada día enfrentamos muchas y diferentes situaciones (soportes, registros) en las que están involucradas de manera decisiva la escritura y la lectura, y por lo tanto la puntuación; cómo la puntuación da pistas inequívocas al lector al momento de interpretar un texto y, por ello, el conocimiento de las reglas básicas del uso de estos signos de civilización nos coloca, como escritores, en una posición “más favorable (...) para que los signos de puntuación contribuyan a darle una calidad especial a nuestro texto” (p. 155); cómo se complementan el sistema gramatical y el sistema retórico de puntuación; y cuáles son las diez reglas básicas para la puntuación en varios idiomas europeos. De todo lo anterior, Michalsen extrae dos conclusiones: por un lado, “escribimos mejor, más rápido y con mayor eficacia si usamos los signos de puntuación de forma consciente, coherente y de manera más o menos acorde a las convenciones establecidas por nuestra sociedad”, dado que “escribir es comunicar” (p. 152), palabra en cuya etimología (lat. *communicare*) está la idea de comunidad, de poner en común, porque “la tarea más importante de la puntuación es contribuir a la comunicación” (p. 158); y, por otro, “los códigos comunes del lenguaje fueron sin dudas una de las mayores fuerzas impulsoras detrás de los grandes avances que tuvieron lugar en Europa hace quinientos años, y el sistema de puntuación común una de sus bases fundamentales” (p. 154).

Al final se incluye una Bibliografía (p. 167-174) de gran ayuda para el lector que desee profundizar en los temas abordados en este libro.

A lo largo de 176 páginas, Michalsen nos acompaña en un viaje revelador: el derrotero, a través del tiempo, de la puntuación, “una de las cosas más espléndidas que produjo nuestra civilización, y que conoció un desarrollo glorioso que atravesó desde la Antigüedad al Renacimiento y de allí hasta nuestros días” (p. 57). *Signos de civilización. Cómo la puntuación cambió la historia* es un libro muy recomendable para los interesados en la historia de la escritura, de la lectura y de los aspectos relacionados con el lenguaje como tecnología del pensamiento y cimiento de la civilización.

***Marcela Coria** es Licenciada en Letras y Doctora en Humanidades y Artes con mención Filosofía, egresada de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario (UNR), donde en 2019 finalizó sus estudios posdoctorales. En la misma Facultad es docente en las cátedras Lengua Griega I y Lengua Griega II y dirige el Centro de Estudios de Filología Clásica “Lena R. Balzaretti”. Ha publicado traducciones al español del griego antiguo y del latín, capítulos de libros en publicaciones conjuntas y en actas de reuniones académicas, y diversos artículos y reseñas en revistas especializadas y de divulgación. Es evaluadora en revistas científicas y dicta seminarios curriculares y cursos de extensión sobre temas de lengua y literatura griega y latina. Es miembro de la Asociación Argentina de Estudios Clásicos (AADEC).

Recibida: 22/02/2022 - **Aceptada:** 20/03/2022